MAIL ORDER BRIDE

La Novia Huérfana



STELLA CLARK

La Novia Huérfana

©2025 por Stella Clark

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso previo por escrito.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con negocios, acontecimientos o lugares es completamente casual.

Contents

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once

Capítulo Uno

—Viernes, 15 de febrero de 1895. 7:56 p.m. Un viento frío azotaba ráfagas de nieve por las calles hasta la oficina de correos y durante las seis manzanas de vuelta a casa—. Así comenzó Sadie Beckman la entrada de su diario la noche que dejó caer la carta en la ranura de correo saliente de la oficina postal. El resto de su entrada describía cómo se sintió mientras dejaba caer la carta en la ranura, cómo sonó cuando tocó fondo y lo que rezó durante el camino de regreso a casa.

Sadie envió la carta a propósito tarde en el día, con la esperanza de que el vestíbulo estuviera vacío a esa hora. Era una persona muy reservada y odiaba la idea de que desconocidos la observaran. Por supuesto, la lógica le decía que nadie allí podría tener idea de lo que decía la carta... ni le importaría eso o adónde iba dirigida. Pero había muy poca lógica involucrada en la decisión de Sadie de enviar la carta. Esa decisión la había tomado con el corazón. Y cuando su corazón estaba involucrado, la lógica a menudo cedía. Era una persona profundamente reservada y protegía su corazón como pocos lo hacen. Era muy consciente de su poder. La mayoría de las personas experimentan habitualmente cambios de opinión. Sadie rara vez lo hacía.

Tuvo que caminar directamente contra el viento gélido al volver a casa. Pensó que debía ser todo un espectáculo, con su manta de lana tejida envuelta firmemente a su alrededor y solo los ojos expuestos. Pero su prioridad era mantenerse caliente y seca, y no podía permitirse un abrigo de invierno. Era una de las mantas que había hecho antes de que sus padres y su hermana murieran de cólera dos años atrás. Desde entonces había hecho y vendido varias

más, con la excepción de la que llevaba puesta y otra que usaba como colcha, ambas iniciadas por su madre.

Sus padres le habían dejado muy poco dinero. Sobrevivía haciendo y vendiendo mantas y alfombras, y luego usaba la mayor parte del dinero que ganaba para comprar más lana en el mercado de agricultores de la calle Ridge, repitiendo el proceso. Estaba agradecida de que su madre le hubiera enseñado a tejer. Pero nunca le gustó realmente, y no pagaba bien.

Lo que la emocionaba era la herencia de su padre. En sus primeros años, había sido un exitoso armero y coleccionó una docena de armas de fuego finas. Cuando ella tenía diez años, su padre comenzó a llevarla a sus prácticas de tiro cada sábado por la mañana. Tenía un don natural y se convirtió en tan buena tiradora durante los siguientes cinco años que a menudo ganaba medio dólar o dos en apuestas en el campo de tiro, de hombres que se negaban a creer que podían ser superados por una cría. En las buenas semanas, su padre le permitía quedarse con la mitad de sus ganancias. No pasó mucho tiempo antes de que Sadie usara la escopeta de perdigones para matar codornices y palomas para alimentarse. Las atraía al callejón con maíz seco y semillas, y disparaba a las sabrosas aves desde una ventana trasera.

Mientras cuidaba de su familia, Sadie no tenía tiempo para sí misma. Cuando murieron, se sintió atrapada en una vida solitaria. Durante los siguientes dos años, trabajó en empleos serviles de día, elaboró mantas y alfombras de noche, y las vendió (junto con aves) siempre que era posible para llegar a fin de mes. Esto la mantenía muy ocupada. También la mantenía muy sola. Simplemente había muy poco tiempo para socializar. Pero el problema de Sadie no era su falta de tiempo... era su timidez.

Se sentía cómoda vendiendo sus productos en los mercados. Pero nunca se sintió cómoda conociendo y hablando con personas a nivel personal. Era lo suficientemente atractiva, de una manera discreta. Pero nunca usaba maquillaje y simplemente se recogía el pelo en una cola de caballo en lugar de intentar peinados favorecedores. Por

lo tanto, era fácil pasar por alto su belleza natural. Y la mayoría de la gente lo hacía. Sadie llegó a aceptar la vida como una persona invisible durante esos dos años después de enterrar a su familia.

Pero poco después de cumplir diecinueve años, comenzó a preguntarse si, quizás, la vida podría significar algo más que trabajo y soledad. Ocasionalmente hacía intentos torpes de interactuar más con la gente en el trabajo. También comenzó a asistir a la iglesia regularmente por primera vez en su vida, con la esperanza de conocer a un hombre guapo, económicamente estable y soltero. Semana tras semana, asistía a la iglesia sin importar el clima, esperando que Dios trajera a tal hombre a su vida. No lo hizo.

Luego, el día de San Valentín, pasó lo que parecieron horas escuchando a las mujeres con las que trabajaba hablar sin parar sobre las tarjetas, los dulces y las flores que habían recibido de los hombres en sus vidas. Escuchar sus historias le hizo ver la realidad de su situación y dejó a Sadie con una profunda tristeza. No tenía nada que compartir, y nadie con quien compartir*lo*. Para cuando terminó su jornada laboral, Sadie ya había tenido suficiente.

De camino a casa, se detuvo en la tienda de cinco centavos y compró un ejemplar del *Matrimonial Times*. Al llegar a casa, estudió la sección "Interesados en matrimonio" hasta que encontró un anuncio que pensó que sonaba como si el hombre que lo había enviado pudiera ser seguro y adecuado para mantener correspondencia.

Hombre Tranquilo de Recursos

He aprendido que el dinero no es la respuesta.
Una vida sin amor no vale la pena vivirla.
Busco una joven de ideas afines, temerosa de Dios
que comparta mi objetivo de vivir feliz
para siempre. Si eres tú, por favor escribe.

Sadie rodeó el anuncio con un lápiz y lo dejó sobre su diminuta mesa de cocina mientras ordenaba el apartamento y se aseaba antes de acostarse. Volvía al anuncio de vez en cuando, leyéndolo una y otra vez, y se sintió tonta cuando se dio cuenta de que lo

había memorizado. Resonaba dentro de ella. Nunca había tenido dinero. Pero ella también creía que no era la respuesta para una vida feliz. Oh, qué maravilloso sería conocer a un hombre con dinero que quisiera más de la vida, igual que ella.

Capítulo Dos

¿Qué daño habría en responder a este caballero? pensó Sadie para sí misma. *Solo me llevará unos minutos de mi tiempo y unos céntimos para el sello. Eso parece bastante inofensivo. Si él responde de manera similar, quizás podamos entablar una correspondencia regular. Si no, bueno, qué se le va a hacer.*

Sadie luchó con la idea durante casi media hora antes de finalmente sentarse en una silla junto a la mesa y escribir su respuesta:

Estimado Hombre Callado de Recursos,

No podría estar más de acuerdo con su conclusión sobre el dinero. Aunque nunca he tenido mucho, también he llegado a creer que el dinero no puede resolver todos los problemas de la vida. Ha requerido unos pocos céntimos enviarle esta carta. Pero parece un pequeño precio a pagar por la oportunidad de una nueva amistad con alguien que comparte mis valores. Si está de acuerdo, por favor, responda pronto.

Su nueva amiga,

Srta. Sadie Beckman

Con eso, estaba hecho. Sadie dobló cuidadosamente la carta y pensó que la mejor manera de mantenerla limpia y seca sería colocarla en un libro... si tuviera un libro. Fue entonces cuando recordó la Biblia de su madre. Sadie la había guardado en un pequeño baúl junto con el resto de las pertenencias de su madre y ahora usaba el baúl como mesita de noche junto a su cama. Quitó la pequeña lámpara de queroseno y el despertador del baúl y lo abrió. Ese simple acto desencadenó una cadena de recuerdos para Sadie. La Biblia fue lo último que había guardado, así que estaba justo en

la parte superior. Sadie recordó lo que su madre había escrito en la primera página del libro poco antes de morir.

—A mi queridísima y hermosa hija. Mantén esta Santa Biblia cerca y léela a menudo. Nuestro Dios es fiel y nunca te abandonará. Tu agradecida madre te quiere muchísimo.

Sadie abrió la Biblia y comenzó a llorar mientras releía la nota. *No había* mantenido la Biblia cerca. La había guardado cuando su familia murió y juró no volver a mirarla jamás. Sadie sentía que Jesús la había abandonado. Si había escuchado sus oraciones pidiéndole que sanara a su familia, las había ignorado.

Quería guardar la Biblia otra vez y olvidarse de ella para siempre. Pero era el único libro que tenía, y sabía que era la mejor manera de proteger la carta hasta que llegara al trabajo por la mañana y la pusiera en un sobre que esperaba conseguir de la secretaria de su jefe, la señorita Simpson. Con suerte, la señorita Simpson también tendría un sello de primera clase para venderle.

Al menos por esta vez, esta Biblia me servirá de algo, pensó Sadie.

Pero mientras metía cuidadosamente la carta dentro, sus ojos cayeron sobre un versículo que su madre había subrayado una y otra vez. Era Juan 14:13.

«Y todo lo que pidiereis en mi nombre, esto haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo».

El primer pensamiento de Sadie fue: «Lo siento, Jesús, pero ya he intentado eso antes y no funcionó».

Fue en ese momento cuando Sadie comprendió por primera vez con claridad la importancia que la carta tenía para ella. Había intentado asignarle un valor mínimo mientras la escribía. Pero para cuando terminó, entendió que había adquirido un significado mucho mayor. La carta era su primer intento real de buscar una vida mejor. Estaba claro que su futuro probablemente sería sombrío en Filadelfia. Tal vez, solo tal vez, una vida que mereciera la pena le esperaba en el Oeste. Nunca lo sabría a menos que enviara la carta. Así que mientras la metía en la Biblia, hizo una breve y torpe oración

esperando que Jesús la escuchara esta vez... y asegurara que la carta llegara a un hombre para quien fuera igualmente importante.

Capítulo Tres

A las cinco de la mañana del día siguiente, Sadie salió de su puerta adentrándose en quince centímetros de nieve recién caída para comenzar su ventoso y frío camino al trabajo. La nieve se arremolinaba salvajemente con el viento cortante, y ella se envolvió más firmemente con la manta usando su mano libre. Con la otra mano, sujetaba la Biblia con fuerza para proteger la carta que contenía.

Cuando llegó al trabajo, se alegró al ver que la señorita Simpson ya estaba en su escritorio.

—¡Buenos días, señorita Simpson! —dijo Sadie alegremente.

—Buenos días —respondió la señorita Simpson secamente sin levantar la vista de sus papeles.

—Esperaba que pudiera venderme un sobre y un sello de primera clase —dijo Sadie.

—Un sobre, tengo. Le costará dos centavos. No tengo sellos —dijo la secretaria.

Sadie sacó felizmente los dos centavos y llevó el sobre a su banco de trabajo. Luego extrajo la carta de su Biblia y la metió dentro del sobre, lo selló y lo colocó cuidadosamente justo donde antes había estado la Biblia. También volvió a mirar Juan 14:13 y, para hacer todo lo que sentía que podía, rezó brevemente de nuevo para que Jesús abriera un camino para que la carta iniciara una correspondencia gratificante con un hombre que la hiciera feliz de haberla enviado.

El día de Sadie transcurrió con lentitud. Para empeorar las cosas, Sadie se quedó más tarde de lo habitual para dar a las calles entre el trabajo y la oficina de correos la oportunidad de despejarse. Era un

buen plan, y funcionó. Pero a medida que se acercaba la hora de irse, se sentía cada vez más preocupada. Había preguntado a todos en el trabajo si tenían un sello de primera clase para vender, o incluso uno de segunda clase. Nadie tenía. Y ahora, la mayoría de las tiendas en la ruta hacia la oficina de correos seguramente estarían cerradas. La única esperanza que tenía era que alguien que enviara cartas tan tarde como ella pudiera tener un sello extra para vender.

El viaje a la oficina de correos parecía solo otro paseo en otra noche de invierno cualquiera de Filadelfia. Intentó mantener una actitud positiva, pero para cuando pisó la acera frente al edificio, su corazón empezó a hundirse. No había visto ni un alma. Lo que era peor, todas las tiendas por las que había pasado que podrían haber tenido sellos habían cerrado a las 4:00 p.m. Su última esperanza era que alguien estuviera en el vestíbulo enviando cartas como ella y tuviera un sello para vender. Pero el vestíbulo estaba vacío. El suelo estaba completamente seco, lo que le decía a Sadie que nadie había estado allí durante algún tiempo. El cartel en la puerta indicaba que el vestíbulo cerraría a las 8:00 p.m., lo que significaba que tenía menos de media hora para encontrarse con alguien que tuviera un sello para vender.

A las 7:50 p.m., Sadie perdió la esperanza. Se sentía derrotada, sin ningún plan para tener más éxito al día siguiente a menos que saliera temprano del trabajo... si es que su jefe se lo permitía. Eso también significaría que una multitud la vería enviar la carta. Sadie se encogió de hombros ante esa perspectiva e intentó pensar en la carta con una mejor perspectiva. Al fin y al cabo, *solo era una carta*. Por supuesto que la enviaría. Eso es lo que la gente hacía en la oficina de correos. Aun así, mientras salía del vestíbulo, no pudo evitarlo y sintió un profundo pavor de enviarla tan públicamente al día siguiente.

Cuando salió y dio un par de pasos en la acera fuera de la oficina de correos, su pie se posó junto a un sello que descansaba sobre la

nieve. Era *un* sello postal perfectamente seco. Era un sello postal de primera clase perfectamente seco.

—Esto es *imposible* —dijo Sadie en voz alta, entusiasmada de estar completamente sola.

Sadie podía creer fácilmente que alguien lo hubiera dejado caer. Pero no podía creer que hubiera estado allí el tiempo suficiente como para que no hubiera nadie más a la vista y aún estuviera perfectamente seco como el suelo dentro del vestíbulo. Sadie cogió el sello rápidamente, volvió corriendo al interior, pegó el sello en el sobre y lo dejó caer en la ranura con solo unos minutos de margen... y sin nadie alrededor.

Sadie tenía dos preguntas para reflexionar: ¿Cuándo llegaría su carta a las oficinas del *Matrimonial Times* en St. Louis? ¿Y de dónde diablos había salido el sello que había utilizado para enviarla? Su primera pregunta tenía una respuesta sencilla, y rápidamente la descartó. Pero reflexionó sobre la segunda pregunta durante todo el camino a casa. El misterio del sello le recordó Juan 14:13, y se preguntó al respecto. Luego, para asegurarse, dijo otra breve oración por la felicidad.

Encontrar el sello no podía ser más misterioso. La nieve sobre la que había descansado estaba húmeda. Sin embargo, la goma del reverso estaba perfectamente seca. Sadie podría haberlo aceptado si hubiera visto a alguien más cerca de la oficina de correos. Pero no había sido así. En su diario esa noche, Sadie calificó el descubrimiento del sello como "un misterioso golpe de buena suerte".

Capítulo Cuatro

Los siguientes dos meses fueron difíciles de soportar para Sadie. La carta tardó casi dos semanas en llegar al *Matrimonial Times* en St. Louis, donde permaneció otras dos semanas en el escritorio de un empleado, esperando a que dejaran de llegar respuestas al anuncio. Cuando finalmente enviaron el sobre con diez cartas a Alex Wineland, pasaron otras dos semanas antes de que le llegaran. Alex tardó varias semanas en leer cuidadosamente cada carta, eligiendo a tres mujeres con las que mantener correspondencia.

La nieve ya había desaparecido en Filadelfia cuando Sadie recibió una respuesta. Cogió la carta de su buzón y corrió con ella al interior. Tranquilizándose para no romper la carta al abrirla, Sadie respiró hondo, desdobló la única hoja de papel y leyó la respuesta que su carta había provocado.

Mi estimada señorita Beckman:

Quedé gratamente impresionado por sus reflexivos sentimientos al leer su carta. Creo que tenemos las bases para iniciar una correspondencia significativa y amena con la esperanza de determinar eventualmente cuán compatibles podríamos ser. Me gustaría mucho que así fuera y espero que usted sienta lo mismo.

Atentamente, Sr. Alex Wineland

Eso era todo; nada florido ni emotivo. Sonaba casi como una carta de negocios. Pero Sadie comprendía que la persona que la enviaba probablemente había mandado muchas cartas. Su esperanza era que, con el tiempo y a medida que comenzaran a conocerse, aprendería más sobre el hombre detrás de las cartas. Estaba encantada de que hubiera incluido su dirección particular para que su correspondencia fuera más rápida. Su entusiasmo por

algo relativamente simple le indicó a Sadie que esperaba disfrutar mucho de este proceso y quería que avanzara más rápidamente.

Sadie redactó una carta bastante larga al Sr. Wineland antes de acostarse finalmente. Le contó todo sobre su vida que se sentía cómoda revelando y le invitó a responder del mismo modo. Sadie pensó que su respuesta le diría mucho más sobre este hombre y le ayudaría a decidir si quería seguir manteniendo correspondencia. Para cuando llegó su primera carta, Sadie ya había hecho un viaje especial a la tienda de cinco centavos para asegurarse de que los sobres y sellos nunca volvieran a ser un problema.

***

La siguiente carta de Alex llegó mucho más rápido e incluía tres hojas de papel. Sadie estaba emocionada al recibirla, esperando que comenzaría a conocer a este nuevo hombre que parecía interesado en conocerla también a ella. La abrió con aún más cuidado que la primera, pensando que tal vez querría guardar ambas si las cartas continuaban y se volvían agradables. Sonrió ante ese pensamiento, recordando lo cautelosa que había sido al iniciar esta conversación a distancia.

Mientras Sadie extraía cuidadosamente la carta de su sobre, se alegró de que su llegada le proporcionara la primera verdadera sensación de control que había experimentado en su vida. Feliz de ser una compañera igual en la primera relación que había iniciado, estaba lista para seguir adelante... pasara lo que pasara. Se sentó a la mesa con la carta frente a ella, una taza caliente de su té favorito a su lado, y comenzó a leer.

Querida Sadie:

Espero que esta carta te encuentre bien y con ganas de recibir muchas más. Yo ciertamente las tengo. La que acabo de recibir de ti me conmovió profundamente. Lamenté mucho enterarme de las grandes dificultades y pérdidas que experimentaste a una edad tan tierna. Pero al mismo tiempo, también debo decirte que me inspiró saber cómo lograste sobreponerte a todo y convertirte en una joven fuerte e independiente. Yo también he perdido a alguien que amaba

profundamente. Mi querida esposa falleció durante el parto hace casi un año. Mi gran dolor fue misericordiosamente aliviado por la llegada de nuestra hermosa hija, Maggie, a quien ahora estoy criando con la ayuda de mi cariñosa madre...

Sadie sintió que se formaba un vínculo mientras leía el primer párrafo de Alex. Alex sonaba como un hombre con fuertes valores y un corazón aún más fuerte. Su interés creció mientras continuaba leyendo.

Estoy a mitad de mi segundo mandato como sheriff debidamente elegido del condado de Doña Ana, en Nuevo México. Nací y me crié en Las Cruces. Planeo vivir el resto de mis días aquí, en esta calurosa y seca, pero acogedora ciudad. Mi madre a menudo se queja de que me entrego demasiado al trabajo y rara vez me queda tiempo o energía para la familia. Puede que tenga razón, pero me he dedicado a ayudar a que esta parte de Nuevo México sea más segura y próspera. Lo hago por mi familia, por supuesto, pero también por los cientos de otras familias que la comparten con nosotros, y los miles más que vendrán.

Con solo la primera página de su carta, Alex se ganó el interés y el respeto de Sadie. Pensó que Alex parecía un hombre trabajador, de genuino compromiso y profunda lealtad. Leyó el resto de la carta con fervor.

Mi hija tiene la seguridad y protección de un padre amoroso. Su abuela hace un trabajo maravilloso cuidándola, pero eso nunca podrá compensar la pérdida de su madre. No quiero que Maggie crezca sin una madre que le muestre cómo una madre fuerte y amorosa se relaciona con su hijo y con su marido. Soy un hombre de familia dedicado con una familia incompleta. Estas son las razones por las que busco una relación amorosa con una mujer que esté preparada para formar parte de nuestra familia.

Sadie respondió a la carta de Alex inmediatamente.

Querido Alex:

Tu carta me conmovió profundamente. Me alegró el corazón leer sobre tu amor por tu querida niña y tu preocupación por que crezca

conociendo el amor y el cuidado de una madre atenta. Igualmente me alegró leer que buscas una mujer que también sea una esposa amorosa. Puedo asegurarte que aspiro a ambos roles.

Echo terriblemente de menos a mi hermana, y creo que perderla todavía me afecta tan profundamente, al menos en parte, porque me relacioné con ella más como una madre que como una hermana mayor durante los últimos dos años de su vida. Por esa razón, estoy segura de que mi amor y cariño por Maggie surgirán de forma natural si ella y yo llegamos a conocernos. Sin embargo, creo que solo el tiempo y más cartas nos dirán si tú y yo podemos compartir esas preciosas emociones como marido y mujer.

Más información sobre tus metas y aspiraciones me será de ayuda, por supuesto. Pero también me interesa saber por qué amabas tan profundamente a tu difunta esposa y por qué la echas tanto de menos. Esa información será de gran ayuda para que yo sepa si podemos relacionarnos estrechamente en un futuro próximo, con la esperanza de algún día amarnos el resto de nuestras vidas.

¡Por favor, dale un beso a Maggie de mi parte, saluda a tu madre, mantente a salvo y sano, y escribe pronto!

Todos estáis en mis oraciones,

Sadie

Sadie dobló cuidadosamente la carta, la introdujo en un sobre dirigido a Alex, lo selló y le puso un sello. Luego hizo una breve oración pidiendo a Jesús que mantuviera a Alex y a su familia sanos y salvos, que ayudara a que la carta le llegara rápidamente y que le animara a responder pronto.

Mírame, pensó Sadie para sí misma con una leve sonrisa, *rezando regularmente a un Dios que, hasta hace poco, estaba convencida de que no respondía a las oraciones como prometía en la Biblia*.

Antes de quedarse dormida esa noche, Sadie se preguntó qué había cambiado tan drásticamente su actitud hacia la oración. Creía que era la dirección positiva que había tomado hasta ahora su correspondencia con Alex. Le resultaba más fácil creer eso que la posibilidad de que solo la suerte hubiera marcado la diferencia.

¿Qué otra cosa puede explicar la compatibilidad que sentí tan rápidamente con la situación y los valores de Alex? Qué misterioso me resulta sentir una conexión tan fuerte con el autor del único anuncio al que respondí, pensó Sadie mientras se quedaba dormida*.*

*****

Durante los siguientes meses, Sadie y Alex intercambiaron más cartas. Compartieron sus corazones, esperanzas y miedos más abiertamente. Dos semanas después de Acción de Gracias, llegó una carta de Alex que contenía una propuesta de matrimonio, un billete de tren a St. Louis y dinero más que suficiente para pagar el viaje en diligencia para el resto del viaje de Sadie. Era breve y concisa.

Mi queridísima Sadie:

Seré el hombre más feliz de la tierra, y Maggie será la niña con más suerte de Nuevo México, si aceptas ser mi esposa. ¡Por favor, di que lo harás! Si lo haces, te prometo trabajar duro para que siempre te alegres de haberlo hecho. Ruego que vendas rápidamente todo lo que no deseas traer contigo y vengas a mí en cuanto puedas. Espero tu respuesta con profundo amor y gran esperanza en mi corazón.

Todo mi amor,

Alex

Sadie aceptó la propuesta de Alex en el momento en que la leyó. Había esperado una carta así durante un par de meses cuando llegó. Incluso había empezado a pensar en qué artículos vendería, cuáles regalaría y qué llevaría a su nuevo hogar.

Rápidamente vendió su cama, mesa y sillas a los vecinos, junto con sus últimas mantas y alfombras. Sadie había dejado de tejer nuevas mantas dos meses antes y había comenzado a trabajar en una manta para Maggie. Había decidido al principio de su comunicación con Alex crear una hermosa manta para su niña, tanto si alguna vez la conocía como si no. Sadie estaba emocionada al saber que pronto le entregaría personalmente a Maggie la manta de color azul pálido y rosa.

El día después de que llegara la propuesta de Alex, Sadie compró otro baúl usado para llevar su ropa y la única fotografía familiar que tenía. También guardó cuidadosamente en su interior las armas de fuego de su padre y la Biblia de su madre. La escopeta de perdigones fue para el hijo de diez años de los vecinos. Envolvió la mejor arma de fuego en la única manta que había conservado... la que su madre había comenzado.

En la madrugada del lunes 9 de diciembre, un amigo cargó los dos baúles de Sadie en su calesa y la ayudó a subir para el corto trayecto hasta la estación de tren. A las 8:00 de la mañana, ya estaba instalada en su asiento. Diez minutos después, su largo viaje a Nuevo México comenzó con dos pitidos del silbato del tren justo antes de que el revisor, de pie fuera de su vagón, gritara: —¡Todos a bordo!

Capítulo Cinco

Poco después de que el tren saliera de Filadelfia con rumbo a Baltimore, Sadie levantó la vista para ver a un distinguido revisor que se acercaba.

—Buenos días, señorita —dijo el revisor alegremente—. Me llamo Jess. Seré su revisor durante este viaje. Un desayuno ligero de huevos, tostadas, galletas y bollos, y su elección de café, té o zumo, estará disponible en el vagón restaurante de 8:30 a 9:30. El almuerzo comienza a las doce y termina a la 1:30 de la tarde. Por favor, no dude en llamarme si hay algo que pueda hacer por usted mientras tanto. Y, ¿cómo debería dirigirme a *usted*?

—Muchas gracias, Jess —dijo Sadie—. Mi nombre es Sadie Beckman. Creo que preferiría una siesta en lugar del desayuno. ¿Podría mostrarme mi compartimento para dormir?

—Será un placer, señorita Beckman —respondió Jess—. Por favor, sígame.

Sadie se levantó de su asiento y recogió su rollo de mantas del estante superior. Pensó en lo extraña que debía parecer mientras lo manipulaba cuidadosamente entre los demás pasajeros en el pasillo mientras seguía al revisor. Sonrió al pensar en lo que pensarían si supieran que contenía un arma de fuego pulida y engrasada. Pero Sadie estaba segura de que nadie lo adivinaría jamás.

—Su compartimento está justo aquí, señorita Beckman —dijo Jess, abriendo la cortina de la litera inferior a la izquierda—. Puede dejar sus objetos personales aquí con total seguridad. Siempre hay un revisor cerca y a su servicio si necesita algo durante la noche.

—Gracias de nuevo, Jess —respondió Sadie—. Voy a intentar dormir una siesta hasta la hora del almuerzo. En el improbable caso

de que no me vea para el mediodía, ¿podría pasar y asegurarse de que estoy despierta?

—Será un placer, señorita Beckman —dijo Jess—. Que descanse bien hasta entonces.

Sadie se deslizó en la litera inferior y colocó su rollo de mantas entre su cuerpo y la pared. Le preocupaba que el movimiento y el ruido del tren la mantuvieran despierta. Pero se quedó dormida en cuestión de minutos y durmió durante casi tres horas, totalmente ajena a la parada de media hora en Baltimore. Sadie se despertó mientras el tren entraba lentamente en Washington, D.C., para recoger más pasajeros.

—Vaya —dijo Sadie con un bostezo y estirándose mientras se incorporaba en su litera y la luz brillante del sol entraba a través de la cortina que había colocado sobre su pequeña ventana. Apartando la pesada tela con un dedo, entrecerró los ojos ante la brillante luz del sol de primera hora de la tarde. Sadie pudo ver una gran bandada de gansos canadienses volando hacia el oeste por encima de los árboles. Supuso que se dirigían hacia el río Potomac, que serpenteaba hacia el sur a medio kilómetro al oeste de las vías. La vista le hizo pensar en su padre, quien una vez le contó que antes de casarse y mudarse a Filadelfia, a menudo cazaba gansos canadienses. La visión de la gran bandada la llenó de energía, y de repente sintió hambre. Se puso un jersey ligero, se pasó un cepillo por el pelo y se dirigió al vagón restaurante.

—Buenas tardes, señorita Beckman —dijo Jess mientras se apartaba para dejarla pasar por el pasillo con una brillante sonrisa y le sostenía la puerta del vestíbulo para que cruzara al siguiente vagón—. Si se dirige al vagón restaurante, tiene tiempo de sobra para disfrutar de un buen almuerzo.

—Ahí es donde me dirijo, Jess —contestó Sadie—. Muchas gracias.

Encontró una mesa con una gran ventana en el vagón restaurante y pidió un cuenco de sopa de pollo con fideos y pan de centeno fresco y caliente con mantequilla. La comida la reconfortó y

satisfizo mientras contemplaba la extensa vista de los terrenos que se extendían hacia el este hasta donde alcanzaba la vista. Cada calle que el tren cruzaba parecía estar bullendo de carruajes, calesas y gente a pie que se apresuraba de un lado a otro. La ciudad estaba viva, y Sadie sentía que también la estaba devolviendo a la vida.

He estado dormida durante mucho, mucho tiempo, pensó Sadie, *mucho antes de subir a este tren. Y todo este tiempo, este hermoso país esperaba a que yo despertara.*

Bueno, pensó mientras se enderezaba en su silla, *ahora estoy despierta y me dirijo a una nueva vida con una familia ya formada y años por delante para compartir con ellos. ¡Siento como si mi vida finalmente estuviera comenzando!*

Justo cuando Sadie estaba terminando su sopa, el camarero colocó un pequeño plato de galletas de mantequilla en la esquina de su mesa.

—Muchas gracias —le dijo Sadie—. Me temo que ni siquiera sé su nombre.

—Soy James, señorita... —El camarero se dio cuenta de que tampoco sabía el de ella.

—Soy la señorita Sadie Beckman, James —respondió ella.

—¿Le apetecería una taza de té para acompañar sus galletas, señorita Beckman? —preguntó él.

—Me encantaría, gracias —respondió Sadie.

Sadie había comido dos de las galletas y bebido su taza de té cuando una feliz pareja con una niña pequeña se sentó en la mesa contigua a la suya. Sonrió ampliamente a la familia y calculó que la niña tendría alrededor de un año y medio... más o menos la edad de Maggie.

Qué maravilloso será cuidar y disfrutar de una niña de esa edad, pensó.

—Soy Sadie Beckman —les dijo a la joven pareja—. Es maravilloso ver a una familia joven y feliz disfrutando de la compañía mutua en este viaje.

—Encantados de conocerla, señorita Beckman —dijo la hermosa esposa y madre, y estrechó la mano extendida de Sadie—. Soy Gloria Frazier y este es mi marido, William, y nuestra hija, Iris.

—Es una niña tan bonita —dijo Sadie con pensamientos de Maggie en su corazón y mente.

—Gracias, señorita Beckman —dijo la madre—. ¿Le gustaría sostenerla unos minutos? Sería de gran ayuda mientras leemos el menú.

—¡Oh, me encantaría! —exclamó Sadie—. ¿Está bien si le doy la pequeña galleta que me queda?

—Apuesto a que ganará su corazón con eso —respondió la madre y le entregó Iris a Sadie.

El corazón de Sadie se llenó de felicidad mientras sostenía en sus brazos a la pequeña de cabello rojo rizado. Los recuerdos de su hermana y las imágenes de la pequeña Maggie esperándola en el Oeste la inundaron. Lágrimas de alegría llenaron las comisuras de los ojos de Sadie mientras Iris tomaba la galleta y se la llevaba inmediatamente a su pequeña boca.

En sólo unos minutos de alegría, Gloria volvió a tomar a Iris en su regazo, y Sadie se disculpó para pasar un tiempo en el vagón de observación en la parte trasera del vagón restaurante.

Capítulo Seis

Dieciséis horas después, el tren de Sadie llegó a St. Louis. Se alegró de tener tiempo para disfrutar del almuerzo en el comedor de Union Station antes de conectar con una diligencia hacia Springfield, donde pasó la noche. Desde allí, otra diligencia la llevó a Oklahoma City, donde conectó con una última diligencia a Las Cruces.

Durante todo el trayecto, el corazón y la mente de Sadie se agitaban con emociones, esperanzas, sueños y preguntas.

¿Estará Alex tan cómodo con nuestra diferencia de edad cuando nos conozcamos como dijo en sus cartas? se preguntaba. *¿Importará siquiera mi edad si está más interesado en tener una niñera interna y atenta para Maggie que una esposa amorosa?*

¿Y qué es lo que realmente busco? Sadie se preguntaba en sus momentos más reflexivos y vulnerables. *¿Por qué temo que los peligros del trabajo de Alex puedan convertirme en madre viuda en un abrir y cerrar de ojos? ¿Significa mi preocupación por mi propio bienestar que no le amo tanto como debería?*

Sadie sopesaba estas preguntas en modo defensivo. Entendía que ser la segunda esposa de Alex sería muy diferente a ser la primera. Alex y su primera esposa habían discutido si debería presentarse para sheriff o aceptar un trabajo menos peligroso. Él y Sadie no lo habían hecho. Tampoco habían discutido dónde vivirían. El largo viaje ayudó a Sadie a decidir que realmente no le importaba nada de eso. Y mientras su tren entraba en la estación de Las Cruces, las cosas que ella *sí sabía* eran las que más le importaban. Y como era su nuevo hábito, rezó por esas cosas.

He conocido suficiente soledad, se recordó Sadie. *Estoy harta de vivir mi vida sin propósito. Quiero compartirla con personas que me*

importen y a quienes yo les importe. Quiero todo lo que Alex y su familia tienen para ofrecer. Y les daré todo el amor que tengo para ofrecer a cambio.

Dentro de la estación, Sadie encontró sus dos baúles juntos con su nombre en grandes letras en etiquetas colgando de sus asas. Se preguntó qué pensaría la gente si supieran que uno de ellos contenía sus armas de fuego. Mientras hacía señas a un maletero para que le ayudara con los baúles, una mujer mayor de aspecto agradable empujando un cochecito de bebé se acercó y preguntó: —¿Es usted la señorita Sadie Beckman?

—¡Sí, soy yo! Y usted debe ser la señora Wineland, la madre de Alex —dijo Sadie alegremente y le dio a la mujer mayor un abrazo emocionado.

Sadie no había recibido ninguna fotografía de la madre de Alex durante su larga correspondencia. Y se emocionó al descubrir que la mujer mayor se parecía mucho a como Sadie la había imaginado. La señora Wineland apenas medía un metro y medio, con una figura menuda y cabello gris plateado recogido en un moño apretado en la coronilla, bajo un sombrero tipo pillbox.

—¡Y esta debe ser la hermosa y preciosa señorita Maggie! —exclamó mientras rodeaba la parte trasera del cochecito para verla bien—. ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Es mucho más grande e incluso más bonita que en la fotografía que Alex me envió!

—Usted definitivamente se ve más bonita también, querida —dijo suavemente la señora Wineland—, pero hay algo que debo decirle sobre las fotografías que recibió.

—Oh, hay tiempo de sobra para eso —dijo Sadie, casi sin aliento por la realidad de finalmente conocer a los que pronto serían miembros de su familia—. ¿Dónde está Alex? ¿Está aquí? ¿Nos está esperando fuera? ¡Oh, no puedo esperar a verlo cara a cara!

—Eh, está atendiendo asuntos en su oficina, querida —le dijo su madre—. Está a unos veinte minutos a pie por la calle principal desde aquí. Es una mañana preciosa, y pensé que el paseo sería una magnífica oportunidad para hablar un poco mientras te muestro

algunas de las tiendas y oficinas más interesantes por el camino. Espero que no te importe caminar. He organizado que lleven tus baúles a la casa, que está a otro corto paseo desde la oficina de Alex.

—En realidad, me encantaría dar un paseo, señora Wineland —respondió Sadie—. He estado sentada durante días y la mayor parte del tiempo estuve terriblemente incómoda. Guíe el camino. ¿Puedo empujar a Maggie?

—Por supuesto, querida —respondió la madre de Alex.

Le señaló los negocios que probablemente serían de mayor interés para Sadie mientras las dos caminaban tranquilamente por la calle principal. La anciana se detenía frecuentemente durante su paseo para proporcionar más información de la que Sadie pensaba que podría recordar. Sadie disfrutaba del paseo, pero rápidamente se impacientó con las frecuentes paradas y simplemente no podía esperar más para conocer a Alex.

—Señora Wineland, lamento pedirle que hagamos este recorrido en otro momento —intervino Sadie—. Y no quiero parecer desagradecida, pero ¡realmente necesito ver a Alex! Como mi marido, sin duda tendrá que soportar mis interrupciones ocasionales cuando esté en el trabajo, y bien puede empezar a acostumbrarse a ellas hoy.

Sadie casi se arrepintió de hacer la exigencia cuando vio la reacción de la mujer mayor. La madre de Alex parecía abatida, como si Sadie la hubiera entristecido enormemente. Sin embargo, Sadie se mantuvo firme. Habiendo conocido a Maggie y a la madre de Alex tan rápidamente tras su llegada, Sadie insistió en que a continuación tenía que conocer a Alex.

—Sí, tienes razón, por supuesto, querida —dijo la mujer mayor—. Por favor, perdóname por la demora. Es solo que Alex y yo estamos tan orgullosos de nuestro pueblo que a veces me dejo llevar.

—No es necesario disculparse, señora Wineland —respondió rápidamente Sadie—. Puedo entender su orgullo. Según las personas

con las que hablé en mi viaje, Las Cruces es un pueblo con un futuro brillante. Estoy segura de que Alex ha tenido parte en su éxito.

—Me temo que una disculpa *sí* es necesaria, querida —respondió la anciana y pidió a Sadie que se sentara con ella en un banco frente a una tienda de productos secos—. Por favor, dame unos momentos para intentar explicarte. Por amor y preocupación por la felicidad de mi familia, tomé lo que ahora sé que fueron decisiones precipitadas que no me correspondía tomar.

Sadie se sentó en silencio junto a la mujer mayor mientras la gente pasaba caminando por la acera de madera. No tenía idea de lo que la madre de Alex estaba hablando, pero pensó que lo mejor era darle a la mujer mayor todo el tiempo que necesitara para decirle lo que parecía estar luchando enormemente por expresar con palabras.

—Oh, he hecho un desastre —dijo la señora Wineland con un profundo suspiro—. Tanto desastre que supongo que la única manera de explicártelo es presentarte a Alex y ver qué sucede después.

La mujer mayor repentinamente se levantó del banco y se dirigió calle arriba a un ritmo acelerado. Mientras Sadie luchaba por mantener el paso siendo cuidadosa con Maggie en el cochecito, pensó: *¿Presentarme a Alex? ¿Por qué esta mujer piensa que es necesaria una presentación? Sabe que Alex y yo nos hemos estado escribiendo durante meses. Intercambiamos fotografías, por el amor de Dios. ¿Y qué quiere decir con eso de que "verá qué sucede después"?*

Momentos después, Sadie siguió a la señora Wineland a través de la puerta principal de la oficina del sheriff. Un sorprendido ayudante levantó la vista de su papeleo con la boca abierta, abrumado por la visión de la madre de Alex entrando a toda prisa con una joven desconocida que luchaba por seguirle el ritmo mientras empujaba un cochecito de bebé a través de la estrecha puerta principal.

—Hola, Henry —dijo la mujer mayor con voz monótona—. Tengo que hablar con Alex ahora mismo. ¿Hay alguien con él?

Su pregunta fue mera cortesía, formulada retóricamente mientras marchaba hacia la puerta de la oficina interior de Alex y conducía a Sadie a través de ella sin reducir la velocidad.

—Mmm, buenas tardes, señora Wineland —Henry sonaba tan sorprendido como se veía—. El sheriff ha pedido que no se le moleste.

Pero las mujeres y Maggie ya habían cruzado la puerta. Alex estaba de pie frente a un gran mapa del condado, estudiándolo de cerca. Sostenía un grueso archivo de papeles en una mano mientras trazaba el cauce del río Grande al oeste del pueblo con el índice de la otra mano.

—Alex, tengo a alguien a quien debes conocer —dijo su madre en lo que Sadie llegaría a conocer como el tono de "madre"—. Así que sea lo que sea que estés haciendo, tiene que esperar unos minutos.

—Buenas tardes, madre —dijo Alex con voz tranquila y cuidadosa mientras ponía el archivo en su escritorio y le prestaba toda su atención.

Alex se había acostumbrado a la informalidad de su madre en la oficina. Sin embargo, era su madre. Así que cuando ella pensaba que un asunto era algo que él necesitaba saber y era lo suficientemente urgente como para interrumpirlo en su oficina, todo lo demás, fuera lo que fuese, era secundario.

—Alex, me gustaría presentarte a la señorita Sadie Beckman —anunció su madre—. Ha viajado desde Filadelfia para conocerte. Lamento no haberte avisado que venía para que pudieras dar tu mejor impresión. Pero siempre estás en tu mejor momento y ahora es tan buen momento como cualquier otro para que vosotros dos empecéis a conoceros realmente.

—¿Qué está diciendo? —exclamó Sadie a la madre de Alex—. Alex y yo nos hemos estado escribiendo durante meses. Intercambiamos fotografías y escribimos durante meses sobre nuestro pasado y nuestras esperanzas para el futuro. ¡Me propuso matrimonio!

—¿Q-quién es usted otra vez? —preguntó Alex con una expresión de total confusión.

—Ella es la señorita Sadie Beckman de Filadelfia, Alex —repitió su madre—. Ha viajado hasta aquí para ser tu esposa y la madre de Maggie.

—Madre, ¿qué has hecho? —preguntó Alex mientras se desplomaba en una esquina de su escritorio.

Conmocionada, confundida y humillada, Sadie se dio la vuelta y salió corriendo tan rápido que casi derriba a Henry, que estaba de pie en el marco de la puerta interior de la oficina. Su mente era un borrón y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras corría de vuelta por la calle principal en dirección a la estación de tren. Su vergüenza se multiplicó y sintió que la consumiría mientras chocaba con extraños que pasaban mientras corría con lágrimas en los ojos. Ni siquiera su miedo a lo que esas personas debían pensar de ella la frenó.

A medio camino de vuelta a la estación, se detuvo para recuperar el aliento y se sentó en el mismo banco donde se había unido a la madre de Alex hace un rato, antes de que el mundo que creía conocer se derrumbara a su alrededor. Herida, y sintiéndose muy sola, Sadie luchó por dar sentido a la tragedia que tan repentina e inesperadamente le había ocurrido. Era una completa extraña en un pueblo del que solo había leído, a 2.000 millas del único hogar que había conocido, con todo lo que poseía empacado en dos baúles y solo unos pocos dólares a su nombre. Confiada e ingenua, se había metido en lo que parecía ser el mayor peligro al que se había enfrentado jamás. Y no tenía absolutamente ni idea de qué más hacer. Sadie rezó para que Jesús le enviara ayuda.

Capítulo Siete

El primer acto de amabilidad que Sadie experimentó desde su llegada provino de un caballero mayor bien vestido que se detuvo junto a su banco y le ofreció sutilmente su pañuelo cuidadosamente doblado sin decir una palabra.

—Gracias —susurró Sadie mientras se secaba las lágrimas de los ojos y recuperaba el aliento.

—De nada, señorita —respondió suavemente el caballero—. ¿Va a estar bien?

—No lo sé —dijo Sadie con voz temblorosa, incapaz de mostrar una apariencia valiente.

—¿Quiere que llame al sheriff? —preguntó lo más lógico.

—¡No! —exclamó Sadie, mientras el inocente absurdo de la pregunta la hizo recomponerse.

—Es usted nueva por estos lares —dijo el caballero—. ¿Tiene familia o amigos en la ciudad?

—Me temo que no —respondió ella suavemente—. Creía tener ambos. Pero acabo de descubrir que no es así.

—¿Dónde se aloja? —preguntó a continuación el caballero—. ¿Hay algún lugar al que pueda acompañarla para asegurarme de que estará bien?

La conversación comenzó a incomodar aún más a Sadie. No quería admitir que había llegado a la ciudad sin dinero suficiente para alquilar una habitación de hotel por más de un par de días o para regresar a Filadelfia. Así que casi se sintió aliviada cuando Alex apareció detrás del caballero con una expresión de genuina preocupación.

—Hola, alcalde —dijo Alex al caballero—. Veo que ha conocido a la señorita Beckman. Está aquí de visita desde Filadelfia para pasar unos días con mi madre. Me temo que hemos sido unos anfitriones terribles hasta ahora.

—En realidad, estaba a punto de presentarme —respondió el caballero—. Soy Ickes Bowling, señorita Beckman. Alcalde de la mejor pequeña ciudad del Oeste, y me complace darle la bienvenida a nuestra humilde villa. Si hay algo que pueda hacer para que su visita sea más agradable, no dude en pedírmelo.

—Es usted muy amable, señor alcalde —respondió ella mientras aceptaba la ayuda de Alex para subir al carro—. Gracias de nuevo por una bienvenida tan cálida y atenta.

—Tenga cuidado con el escalón, señorita Beckman —dijo Alex con la voz más amable posible—. Mi madre insiste en que se quede con nosotros durante su visita, y yo me dirijo a recoger su equipaje.

Alex llevó el carro a la parte trasera de la estación de tren y reclamó sus baúles, luego los cargó y se dirigió de vuelta a su oficina para recoger a su madre. Condujo los caballos lentamente para darse tiempo a disculparse por el plan de su madre.

—Lamento que mi madre la haya engañado tan terriblemente, señorita Beckman —comenzó—. Y lamento especialmente la forma incómoda en que me comporté en mi oficina. Pero estaba confundido y conmocionado ante la idea de que mi madre la hubiera engañado tan imprudentemente sin considerar el daño que podría causar.

Sadie no sabía cómo responder. Su corazón y su mente estaban enredados y dando vueltas en medio de la confusión mientras se sentaba en silencio junto a un hombre del que se había enamorado a través del papel. En las docenas de cartas que había recibido, pensaba que había llegado a conocer el tierno y amoroso corazón de este apuesto y fornido hombre. También pensaba que él había llegado a conocerla mejor que cualquier otra persona que se hubiera molestado en hacerlo... y que se había enamorado de ella. Pero ahora sabía que nada podía estar más lejos de la verdad.

Sadie oyó reír a Maggie dentro de la agradable casa frente a la que Alex detuvo el carro. La inocente alegría de la risa calmó a Sadie justo cuando más lo necesitaba. Entrar en la casa fue un momento de verdad para ella. Durante meses, había imaginado lo que se sentiría al entrar en un hogar cálido y acogedor y ser recibida por una familia que la amara. En cambio, ahora tenía que entrar en lo que parecía ser nada más que un edificio frío e inhóspito ocupado por desconocidos que no eran las personas que ella creía.

Cuando Sadie entró en la sala de estar, la madre de Alex dejó de jugar con Maggie e inclinó ligeramente la cabeza.

—Querida Sadie —dijo con sinceridad—, lamento terriblemente la forma egoísta en que te engañé para que vinieras hasta aquí.

—Creo que sería mejor que no intentes disculparte todavía, madre —la interrumpió Alex—. Sin duda la señorita Beckman necesita tiempo para recuperarse de la forma en que la has tratado.

—Está bien, de verdad, Alex —casi susurró Sadie—. Sé que su madre solo hizo lo que hizo porque les quiere mucho a usted y a la pequeña Maggie. Señora Wineland, lo que hizo estuvo muy mal. Pero lo hizo por las razones correctas. Ahora, si no le importa, solo quisiera dormir un poco y, con suerte, empezar de nuevo mañana por la mañana.

—Por supuesto, querida. Sígueme —dijo la madre de Alex, y luego condujo a Sadie en silencio hasta un dormitorio luminoso con un gran mirador que enmarcaba una espléndida vista de la calle principal.

Alex llevó los baúles de Sadie al dormitorio, luego preparó una bolsa con sus cosas y le dijo a su madre que pasaría la noche en su oficina.

—Volveré para el desayuno por la mañana —dijo—. Quizás todos estaremos de mejor humor después de una buena noche de descanso —le dijo a su madre—, *si es que podemos dormir*.

Sadie ciertamente no tuvo problemas para quedarse dormida. El largo viaje y la terrible sorpresa la habían dejado física y emocionalmente agotada. Se quedó dormida a los pocos minutos de

acostarse en la cómoda cama y durmió profundamente toda la noche. Y en esos minutos antes de que llegara el sueño, Sadie rezó otra breve oración, pidiendo a Jesús que de alguna manera proporcionara milagrosamente la vida por la que había estado orando desde que envió su primera carta. Una parte de ella pensaba que tal oración era pedir más de lo que incluso Jesús podía entregar. Pero otra parte más valiente de Sadie pensaba que el hecho mismo de que estuviera pasando la noche en esta casa de la calle principal de Las Cruces era prueba de que el Señor podía hacer que las cosas sucedieran cuando parecía no haber manera. Sadie sonrió ante ese pensamiento porque le recordó uno de los versículos bíblicos favoritos de su madre: Isaías 55:9.

"Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos".

Sadie sintió un agradable pequeño escalofrío al darse cuenta de que el hecho de estar acostada en la cama, descansando en el consuelo de las promesas de Dios, probablemente era una respuesta a las oraciones de su madre. Con eso, Sadie se quedó profundamente dormida.

Capítulo Ocho

Sadie se despertó con la luz brillante del sol y los olores de huevos revueltos, jamón frito y pan de maíz dulce. De nuevo, la sala estaba llena de las risas de Maggie. Sadie deseaba poder simplemente ponerse una bata, deslizarse en unas zapatillas, cepillarse el pelo y bajar corriendo. Pero era una invitada, no un miembro de la familia. No bajó las escaleras hasta que estuvo vestida y preparada para el día.

—Buenos días, señora Wineland —dijo Sadie con el tono más amable que pudo.

—Buenos días, querida —respondió la mujer mayor—. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien, gracias —contestó Sadie—. Esa cama es increíble. ¡Y buenos días a ti, pequeña señorita Maggie! —dijo Sadie dulcemente a la bebé—. ¿Cómo está mi niña favorita en todo el mundo?

—Está de muy buen humor esta mañana, Sadie —dijo la madre de Alex—. Y tiene una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? —dijo Sadie con los ojos muy abiertos—. ¿Cuál es tu sorpresa, señorita Maggie?

—¿Quién es? —preguntó la mujer mayor a Maggie, señalando a Sadie.

—¡Sadieeeee! —gritó Maggie.

—¡Oh, dulce criatura! —dijo Sadie con una lágrima en el ojo—. ¡Puedes decir mi nombre!

—Anoche no podíamos hacer que dejara de decirlo —comentó la mujer mayor—. Parece que ya se ha encariñado contigo. Creo que vosotras dos habéis establecido una buena conexión durante nuestro paseo desde la estación de tren hasta la oficina de Alex ayer.

—Hablando de Alex, ¿vendrá a desayunar? —preguntó Sadie esperanzada.

—Dijo que lo haría anoche antes de marcharse —respondió su madre.

—¿Antes de marcharse? ¿Adónde fue? —preguntó Sadie antes de poder contenerse.

—Dijo que quería asegurarse de que la gente no se hiciera una idea equivocada sobre tu estancia aquí con nosotros —explicó su madre—. Así que pasó la noche en su oficina. Lo ha hecho antes cuando tiene que trabajar hasta altas horas de la noche o necesita vigilar a un prisionero. Está bastante cómodo en una celda que tiene preparada para tales ocasiones.

—Cómodo o no, siento que estoy imponiendo mi presencia a su costa —dijo Sadie.

—Por favor, no pienses así —dijo Alex mientras entraba en la cocina y sacaba una silla de respaldo con radios de la mesa frente a Sadie—. Es por nosotros que estás aquí. Lo mínimo que podemos hacer es asegurarnos de que tengas una estancia cómoda hasta que decidas qué harás y adónde irás.

Su madre le sirvió una taza grande de café y su habitual ración generosa de huevos revueltos y jamón frito, junto con una buena porción de pan de maíz. La madre de Alex acercó la trona de Maggie junto a Sadie en la mesa para que las dos pudieran disfrutar más la una de la otra.

A Sadie le encantó y pasó más tiempo dando de comer a Maggie que alimentándose ella misma.

—¡Oh, veo que tienes un diente! —dijo Sadie con fingida sorpresa. Sadie, por reflejo, puso un dedo en las encías de Maggie para sentir si otros estaban saliendo—. ¡Siento más dientes! —exclamó—. ¡Te estás haciendo mayor!

Maggie se rio de la cara sonriente de Sadie, y las dos se acercaron más a pesar de la incomodidad de Sadie por las circunstancias que pronto podrían separarlas.

—Creo que me gustaría aceptar la oferta del alcalde Bowling para responder a mis preguntas —dijo Sadie a Alex—. ¿Dónde crees que podría encontrarle a esta hora del día?

—Solo es alcalde a tiempo parcial —le explicó Alex—. El resto del tiempo dirige la tienda Main Street Dry Goods frente a la barbería.

Sadie subió rápidamente las escaleras hasta su habitación para recoger el arma, envuelta discretamente en una manta. Volvió a guardar el arma en el baúl y se metió la manta bajo el brazo antes de salir de su habitación. Pero se detuvo con la puerta abierta solo unos centímetros debido a la conversación que podía oír claramente entre Alex y su madre.

—Sí, es una joven muy encantadora —concedió Alex a su madre —. Y parece tener una personalidad muy agradable. Pero como te he dicho claramente muchas veces, madre, no tengo intención de casarme nunca más. Una esposa es suficiente para cualquier hombre, y yo tuve una estupenda. No voy a conformarme con algo de segunda categoría solo porque tú creas que debería hacerlo.

¿Segunda categoría? Sadie sintió como si la hubiera cortado el borde afilado de las palabras de Alex. *Alex parece decidido a no volver a casarse nunca*, pensó para sí misma. *Y aunque eventualmente quisiera casarse conmigo, no podría soportar una vida preguntándome si alguna vez podría dejar de ser la segunda mejor opción en su corazón.*

Temiendo que pudiera llorar en cualquier momento, Sadie bajó corriendo las escaleras y salió por la puerta principal. Si el alcalde Bowling dirigía una tienda de artículos secos, tal vez estaría interesado en comprar mantas y alfombras hechas a mano. Esa podría ser la mejor respuesta que Jesús tenía para sus oraciones de que la ayudara en este momento de necesidad. La tienda del señor Bowling estaba a un corto paseo en la calle principal, y Sadie lo encontró silbando mientras barría la acera de la entrada.

—¡Buenos días, alcalde! —dijo con la voz más alegre que pudo reunir.

—¡Buenos días, señorita Beckman! —respondió alegremente el alcalde—. Qué agradable volver a verla. ¿Qué la trae por aquí tan temprano? Vaya, esa es una manta muy bonita que tiene ahí. ¿Podría echarle un vistazo más de cerca?

—¡Por supuesto! —respondió Sadie—. La he traído con la esperanza de que pudiera estar interesado en vender mantas y alfombras hechas a mano. No tengo ninguna para vender en este momento, pero puedo empezar a tejer tan pronto como consiga suficiente dinero para la lana y los materiales que necesitaré.

El alcalde llevó la manta adentro y la extendió completamente sobre su largo mostrador.

—Este es un trabajo maravilloso, señorita Beckman —dijo después de una inspección más detallada—. He tenido muchas dificultades para mantener mantas de calidad en stock. Estoy dispuesto a extenderle una línea de crédito para los materiales y suministros que necesitará si acepta vender sus productos únicamente a mí. Dividiré todas las ganancias con usted. ¿Tenemos un trato?

—¡Absolutamente! —acordó Sadie rápidamente—. Puedo comenzar inmediatamente si tiene lo que necesito aquí en la tienda.

—Estoy seguro de que sí —dijo el alcalde—. Elija todo lo que necesite, y haré que mi repartidor lo lleve a casa del sheriff Wineland antes del mediodía. ¿En cuánto tiempo cree que podría tener tres o cuatro de ellas listas para vender?

—En una semana —respondió Sadie—. ¿También está interesado en alfombras?

—¿También puede tejer alfombras? —preguntó el alcalde sorprendido.

—Gracias a mi querida madre —respondió Sadie.

—Querida, creo que tenemos los cimientos de una asociación próspera —dijo el alcalde.

Sadie estaba casi eufórica mientras seleccionaba todo lo que necesitaría para empezar. Corrió a casa, ansiosa por compartir la noticia de su buena fortuna con la madre de Alex... y con Maggie.

Podía respirar de nuevo, habiendo superado el miedo al fracaso que había sentido amenazándola desde el día anterior en la oficina de Alex.

—Esta es realmente una buena noticia —dijo alegremente la madre de Alex cuando Sadie le contó.

—Es más que una buena noticia —respondió Sadie—. Es una respuesta a mis oraciones. No exactamente la respuesta que he estado pidiendo, pero sin duda una respuesta. Gracias a usted y a Alex, tengo un lugar tranquilo y cómodo para trabajar sin interrupciones. Por la gracia de Dios, podría dejar de molestarles en poco tiempo.

—No estás molestando a nadie aquí, querida —le aseguró la mujer mayor.

La madre de Alex sintió en silencio que su corazón se hundía cuando Sadie le contó su plan de ahorrar suficiente dinero para mudarse a un pequeño lugar propio. No era una buena noticia para la mujer mayor, y ciertamente no era una respuesta a sus oraciones. Se acomodó en una mecedora con Maggie dormida en sus brazos y comenzó a rezar con más fervor por la respuesta que su dolorido corazón deseaba: que viviera lo suficiente para ver a Alex y Sadie enamorarse profundamente y darle a Maggie dos padres para amar y ser amada.

Capítulo Nueve

Sadie se despertó a la mañana siguiente con el sonido de fuertes golpes en la puerta principal de abajo. La madre de Alex ya estaba ocupada en la cocina y abrió la puerta para encontrar al chico de los recados del alcalde Bowling, Benjamin, cargado con los suministros que Sadie había seleccionado el día anterior, incluido el elegante par de botas que Sadie simplemente no pudo resistir.

—El alcalde Bowling me dijo que trajera estas cosas aquí, de inmediato —oyó Sadie decir al chico.

—Muchas gracias, Benjamin —respondió la señora Wineland—. ¿Podrías seguirme con esas cosas hasta nuestra habitación de invitados, por allí?

—Por supuesto, señora —dijo Benjamin educadamente—. ¿Necesitará algo más? —preguntó cuando terminó la tarea.

—Hay una cosa más —dijo ella—. ¿Estarías dispuesto a aceptar una porción de tarta de manzana casera como propina?

—¡Por supuesto que sí, señora Wineland! —dijo Benjamin alegremente.

—Pues aquí tienes, jovencito —dijo ella con su voz más maternal —. Por favor, saluda al alcalde de nuestra parte y dale las gracias por un servicio tan rápido.

—Lo haré, señora —murmuró Benjamin con la boca llena de tarta de manzana.

Sadie sonrió ante las sencillas cortesías de la vida en Las Cruces. Esta tierra ofrecía una diferencia acogedora y reconfortante respecto a su vida en el Este. Pero no compensaba el dolor del engaño que la había traído al Oeste. Decidida a superar ese dolor, Sadie se vistió rápidamente y saludó a la señora Wineland en la cocina.

—Buenos días, querida —respondió la señora Wineland—. ¿Estás lista para desayunar? Acabo de poner galletas en el horno, y estoy preparando gachas de avena. Tengo salsa y miel calentándose. ¿Te apetece algo de eso? ¿O quizás huevos con jamón? Los huevos son frescos de esta mañana.

—Oh, señora Wineland —respondió Sadie—. No tiene por qué molestarse tanto por mí.

—No es ninguna molestia, querida —respondió la madre de Alex —. Me hace sentir bien alimentar bien a los invitados con las cosas que les gusta comer. Así que, ¿qué será?

—Bueno, el café huele maravillosamente —observó Sadie—. Supongo que empezaré con eso.

La madre de Alex sirvió dos grandes tazas de café y se unió a Sadie en la mesa mientras las galletas se horneaban en el horno de ladrillos cercano.

—Sabes, querida, me sentiría mucho más cómoda si me llamaras Victoria —dijo la madre de Alex—. Entenderé si no estás preparada para eso. Pero espero que algún día pronto puedas perdonar mi mal juicio del pasado y podamos ser amigas.

—Claro que podemos ser amigas —respondió Sadie con una sonrisa sincera—. Te llamaré Victoria, y tú me llamarás Sadie y eso será todo. He sentido muchas emociones desde que llegué, y la ira sin duda fue una de ellas. Ya no estoy enfadada, Victoria. Pero la tristeza me persigue, y temo que nunca me abandone.

—Sí, la tristeza es difícil —estuvo de acuerdo Victoria—. Es quizás la más difícil. Y creo que nadie pasa por la vida sin ser visitado por la tristeza. La Biblia nos dice que el mismo Jesús fue un hombre de dolores.

—Pero ánimo, Sadie. La Biblia también promete: "todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios, a los que son llamados conforme a su propósito".

—Nunca le he contado esto a Alex, pero consideré quitarme la vida cuando mataron a su padre —admitió Victoria—. Estaba segura de que no podría vivir sin él. Afortunadamente, Dios nos bendijo con

Maggie cuando mi vida estaba más oscura y me dio una razón para vivir. Pero como sabes, la llegada de Maggie costó la vida a su querida madre, Margaret. Alex aún no había salido de la tristeza por la muerte de su padre y de repente tuvo más que soportar. Así que la tristeza no es extraña en esta casa. Y cuando la tristeza llega, siempre se queda demasiado tiempo.

—¿Cómo murió tu marido? —preguntó Sadie.

—¡Alexander fue asesinado a tiros por un malvado, una mala excusa de hombre llamado Roby Judson! —respondió Victoria severamente—. Alexander había sido sheriff de estas zonas durante casi veinte años cuando Judson llegó al pueblo y le disparó por la espalda.

—¡Qué terrible! —exclamó Sadie—. ¡Espero que Judson esté en prisión!

—¡No lo está! —declaró Victoria—. ¡Un juez corrupto desestimó el caso por lo que llamó "falta de pruebas"! Ese juez recibió su merecido. Alguien... probablemente Judson... también lo mató a tiros. Supongo que era la forma de Judson de evitar pagar al juez.

Alex fue elegido para suceder a su padre, y desde entonces he estado preocupada de que algún día pueda tener que enfrentarse con Judson. Es más probable que Judson intente disparar a Alex por la espalda solo para asegurarse de que nunca tenga que rendir cuentas por el asesinato de su padre.

—¡Lo siento mucho por ti, Victoria! —dijo Sadie y extendió sus manos a través de la mesa para coger las de la mujer mayor entre las suyas—. Creo que estoy empezando a entender tus motivaciones al trabajar tan duro para traerme aquí, Victoria. También me has ayudado a entender a Alex.

—Eso espero, Sadie —respondió Victoria—. Somos buenas personas, bien intencionadas, que trabajamos duro para proteger a la familia que nos queda. Eso no es excusa para que yo escribiera esas cartas. Pero espero haberte ayudado a ver que mis intenciones eran puras.

—Ahora lo veo bastante claro, Victoria —le dijo Sadie y terminó su taza de café—. Y creo que esta charla ha despertado mi apetito. Creo que acabo de oír a Maggie moverse en su habitación.

—Creo que tienes razón, Sadie —respondió Victoria—. ¿Serías tan amable de atenderla mientras pongo el desayuno en la mesa? Alex debería estar aquí pronto, y podremos disfrutar todos juntos de la comida... como una familia.

Victoria casi se contuvo de pronunciar esas palabras de su corazón, pero finalmente dejó que las palabras hablaran por sí mismas. Estaba claro que sentía que Sadie era la mujer adecuada para Alex. También estaba claro para Victoria que Sadie tenía un don con Maggie, y que la niña era más feliz cuando estaba con ella. Sadie volvió a la cocina con Maggie acunada pacíficamente en sus brazos. La dulce niña sonreía de oreja a oreja y tocaba la cara de Sadie como si se sintiera atraída por la sonrisa amorosa de la hermosa joven que quizás le recordaba a su madre, que se había ido hacía demasiado tiempo.

Victoria estuvo tentada de decir lo hermosa que era aquella imagen, pero pensó que era mejor permanecer en silencio y dejar que Dios hiciera su trabajo. Sabía que si era la voluntad de Dios que Sadie y Maggie permanecieran juntas, así sería. Victoria expresó ese deseo en una oración silenciosa. Momentos después, Alex llegó para el desayuno. Victoria no pudo evitar notar la forma en que Sadie lo miró cuando entró por la puerta. Su madre también vio un fugaz destello de sonrisa en el rostro de Alex cuando vio a Sadie sentada a la mesa, meciendo suavemente a Maggie en sus brazos y cantándole en voz baja mientras la niña pasaba una mano por el rostro de Sadie.

—¡Buenos días a todos! —retumbó Alex—. ¡Huelo a galletas!

—Tienes razón en eso, comegalletas —respondió Victoria con una risita—. Creo que hice suficientes para que tomes una.

—¡Espero que quieras decir tres o cuatro! —respondió Alex juguetón—. ¡Con salsa!

—Supongo que esto significa que has dormido bien y estás de buen humor —dijo su madre.

—He dormido como un bebé, y tengo un hambre de lobo —rió Alex.

Sadie se levantó de la mesa y se apresuró hacia Alex.

—¿Te gustaría coger a Maggie? —preguntó—. Sé que quiere darte los buenos días.

Alex tomó suavemente a Maggie en sus fuertes brazos y se transformó.

—Buenos días, mi preciosa y hermosa pequeña —arrulló suavemente y besó su frente.

Mientras Alex mecía a Maggie en sus brazos y reía con sus gorjeos, Sadie fue rápidamente a su habitación y regresó con la esponjosa manta rosa y azul que había hecho para Maggie antes de salir de Filadelfia. De vuelta en la mesa, Alex y Sadie trabajaron juntos para cambiar la manta nueva por la vieja de Maggie mientras él se aferraba a su hija y le cantaba sobre ponis pintados. Alex inhaló la fragancia fresca de la nueva manta y levantó una esquina para mirarla más de cerca.

—¿Has hecho esto solo para Maggie? —preguntó Alex a Sadie con evidente admiración.

—Sí —dijo Sadie con orgullo—. Empecé a hacerla el día que recibí su foto de tu parte. Parecía lo mínimo que podía hacer por una niña tan preciosa.

—¡Vaya, es preciosa! —dijo Alex mientras la examinaba más de cerca—. Haces un trabajo muy bonito, Sadie. Debe haberte llevado bastante tiempo.

—No tanto —respondió Sadie, guardando las palabras más importantes en su interior: "pero lo suficiente para saber que me había enamorado de ambos".

Victoria fingió concentrarse en sacar las galletas del horno y dar los últimos toques a las gachas. Sin embargo, conseguía ver a Alex y Sadie hablando suavemente entre ellos, mirándose a los ojos, mientras Maggie descansaba plácidamente entre ellos. Esto le

recordó a Victoria las características de una mujer virtuosa descritas en Proverbios 31:

"Su valor sobrepasa largamente al de las piedras preciosas... El corazón de su marido está en ella confiado... Le da ella bien y no mal todos los días de su vida... Busca lana y lino, y con voluntad trabaja con sus manos... Hace telas y las vende... Abre su boca con sabiduría, y la ley de clemencia está en su lengua... Se levantan sus hijos, y la llaman bienaventurada; y su marido también la alaba."

Victoria pensó que todo parecía una descripción perfecta de Sadie. Compartió esto mismo con Alex esa noche, mientras Sadie hablaba de negocios con Ickes en su tienda.

—Sadie es especial —le dijo Victoria a su hijo—. Dejarla pasar sería un grave error. Es una joven atractiva. Es franca. No es ajena al trabajo duro. Quiere a Maggie y se ha encaprichado contigo a pesar de todos tus esfuerzos por evitarla.

—Es *muy* joven, madre —enfatizó Alex—, y no la evito. Simplemente mantengo una distancia respetable. Sabes que una vez que la gente empieza a hablar, es casi imposible aclarar las cosas. Quedarse aquí ya es bastante difícil para ella. No quiero que las preguntas de la gente y los chismes ociosos lo hagan aún más difícil. Y encima de todo eso, está totalmente desacostumbrada a los peligros de la vida aquí, que son desconocidos en el Este. Me temo que es como un cordero entre lobos.

—Te preocupas demasiado —contrarrestó su madre—. Sadie es tan capaz de cuidar de sí misma como todas las demás mujeres que han venido al Oeste, y tiene la madurez de una madre y la energía para cuidar y mantenerse al día con muchos niños.

—¿*Niños*? —repitió Alex con los ojos como platos—. Me acusas de evitarla, pero tú estás imaginando más nietos. Madre, eres un enigma.

—No hay ningún enigma —le aseguró Victoria—. Simplemente estoy diciendo la verdad de lo que ven mis ojos y desea mi corazón. Mi oración es que, un día no muy lejano, sean lo mismo.

Capítulo Diez

Después de hablar con Ickes, el camino de regreso a casa llevó a Sadie por la oficina del sheriff. Ansiosa por ponerle al día a Alex sobre su asunto con el alcalde, miró por la ventana delantera y vio a Henry, su ayudante, limpiando un rifle en su escritorio. Queriendo echar un mejor vistazo al arma, dio unos golpecitos en la ventana y Henry, como era de esperar, le hizo señas para que entrara.

—Buenos días, señorita Beckman —Henry se levantó y luego volvió a sentarse tras su escritorio—. El sheriff aún no ha regresado. Supongo que sigue en su casa.

—Hola, Henry —dijo Sadie rápidamente—. ¿Puedo ver ese rifle?

—Por supuesto —respondió Henry mientras lo levantaba de su regazo.

—No —replicó Sadie—. Quiero decir, ¿puedo *cogerlo*?

—Yo... supongo que sí —dijo Henry con vacilación—. ¿Has cogido un arma de fuego antes?

—Muchas, muchísimas veces, Henry —dijo Sadie con una risita—. Solía practicar tiro a menudo con mi padre en Filadelfia.

—¿De verdad? —Henry no podría haber sonado más sorprendido —. ¿Qué tal se te daba?

—No mal —dijo Sadie con modestia.

—Bueno, para ser bueno, tienes que disparar con regularidad y frecuencia —dijo Henry con su voz más oficial mientras recuperaba el rifle y continuaba limpiándolo—. Eso se aplica el doble para este rifle.

—¿Cuándo fue la última vez que lo disparaste? —preguntó Sadie.

—Acabo de terminar —respondió Henry—. Tenemos un campo de tiro justo detrás.

—¿Qué tal lo has hecho? —Sadie repitió la pregunta anterior de Henry.

—No mal —dijo él casi burlonamente.

—¿Te apetece un poco de competición? —provocó Sadie al ayudante.

—i¿En serio?! —preguntó Henry como si estuviera conmocionado.

—En serio —le aseguró Sadie.

—No creo que el sheriff aprobaría que dejara disparar a una mujer —dijo Henry con seriedad—. Especialmente a ti.

—Vaya, Henry —dijo Sadie con sarcasmo—. Parece que tienes miedo de perder contra una mujer; especialmente contra mí.

—Vale, si te crees tan buena —dijo Henry ligeramente ofendido —. ¿Qué apuestas?

—Al mejor de tres —dijo Sadie alegremente—. Si ganas, te hornearé un pastel a tu elección. Si gano yo, guardarás mi arma aquí en la oficina y la limpiarás y engrasarás con regularidad.

—¿Tienes un arma? —preguntó Henry asombrado—. No me habías contado esa parte.

—¿No me vas a fallar ahora, verdad, Henry? —se burló Sadie.

—De ninguna manera —le aseguró Henry—. *¡Me encanta el pastel!* Sígueme.

En la parte trasera, él y Alex habían creado un modesto campo de tiro de aproximadamente cien metros de profundidad.

—Vamos a necesitar un objetivo pequeño para que esto sea interesante —dijo Sadie—. Sé perfectamente que tienes una baraja de cartas en tu escritorio, Henry. ¿Qué tal si disparamos al as de diamantes?

—Gana quien más se acerque al centro —dijo Henry.

—¿Y si vemos quién puede rozar más esquinas? —propuso Sadie.

—¡Eso es una locura! —respondió Henry.

—¿Quieres ese pastel o no?

Henry encontró el as de diamantes en su escritorio, marchó campo abajo y lo colgó de un clavo en un poste de la valla. Mientras

regresaba, Henry sonreía pensando que Sadie nunca había disparado su rifle antes y, por tanto, se había preparado para fracasar. Seguro de la victoria, se decidió por un pastel de cerezas.

—Iré primero para que veas cómo retrocede el rifle —dijo el ayudante en un tono noble, pensando que probablemente Sadie se rendiría después de su actuación.

Después de sus tres disparos, corrieron hasta la carta y encontraron dos agujeros: uno cerca de la parte superior de la carta, el otro a unos doce milímetros del centro.

—No está mal —mintió Sadie.

De vuelta en posición, levantó el rifle hasta su hombro, exhaló, apuntó, hizo lo posible por ignorar el continuo flujo de consejos de Henry sobre qué hacer y qué no hacer, y disparó tres veces en rápida sucesión.

—Nunca deberías disparar tan rápido —le dijo Henry y corrió a buscar la carta.

Sadie se rió lo más silenciosamente que pudo mientras veía a Henry caminando de regreso, totalmente concentrado en la carta en lugar de mirar por dónde iba.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó cuando estaba a unos quince metros de ella.

—Ehhh, no estoy seguro de creer lo que estoy viendo —dijo Henry tímidamente.

Henry sostuvo la carta a la distancia de un brazo, y Sadie pudo ver que había rozado las esquinas superior y derecha del diamante, mientras que un tercer agujero estaba a poco más de un milímetro de la esquina izquierda.

—Créelo, Henry —dijo Sadie con una sonrisa—. Traeré mi arma un poco más tarde.

—Tenía muchas ganas de comer un pastel de cerezas —dijo Henry con tristeza.

—Cuida bien de mi arma y puede que aún llegues a disfrutar de uno —respondió Sadie.

—Trato hecho —dijo Henry con una amplia sonrisa—. Te veo en un rato.

Cuando Sadie pisó la acera fuera de la oficina, tres jinetes desaliñados y cansados del camino pasaron lentamente montados a su lado. Parecía que estaban intentando echar un buen vistazo por la ventana de la oficina del sheriff mientras pasaban. Las reacciones de otros transeúntes dejaron a Sadie con la impresión de que reconocían y temían a los tres jinetes. Sadie se dio la vuelta para alertar a Henry. Pero él ya estaba de pie en la puerta con los ojos fijos en el trío.

—¿Sabes quiénes son? —le preguntó.

—Don Daniels, Owen Walker... y Roby Judson —dijo Henry lo suficientemente alto para asegurarse de que los tres le oyeran—. Agradecería tener esa arma aquí pronto, señorita Beckman. Sospecho que la necesitaré antes de mucho.

—Iré a buscarla —dijo Sadie—. Y le avisaré a Alex de que Judson y los otros están en el pueblo.

—No le va a hacer gracia oírlo —dijo Henry—. Aunque quizás sí. Pronto lo sabremos.

—Me pongo en marcha —dijo Sadie mientras se dirigía rápidamente a casa de Alex.

—Dile que los vigilaré mientras tanto —respondió Henry.

Alex acababa de acostar a Maggie en su cuna cuando Sadie irrumpió por la puerta principal. La expresión de Sadie le dijo a Alex que algo iba mal, y se alegró de que su madre estuviera ocupada en la habitación trasera.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja.

—Roby Judson acaba de pasar por delante de tu oficina con otros dos tipos de aspecto rudo —le dijo ella suavemente, agradecida de que Victoria no estuviera en la habitación.

—Dile a mi madre que volveré en un rato —dijo Alex.

—¿Me lo prometes? —preguntó Sadie con urgencia.

—Te lo prometo —dijo Alex, mirándola a los ojos.

—Tu madre me habló de Roby Judson, Alex —tuvo que decirle Sadie—. Por favor, ten cuidado.

—No hay motivo para preocuparse —le aseguró Alex—. No le digas nada a mi madre sobre Judson hasta que vuelva. No tardaré mucho.

—Te tomo la palabra, Alex Wineman —dijo Sadie con determinación.

—La gente de por aquí te dirá que mi palabra vale —dijo él con una pequeña sonrisa.

De repente, Sadie recordó su arma y le pidió a Alex que esperara mientras corría a su habitación. Sacó el arma del baúl, la envolvió firmemente en la manta que la había protegido a bordo del tren, y cogió una caja de cartuchos antes de volver corriendo junto a Alex.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó Alex. Supo que la manta contenía un arma en cuanto Sadie se la entregó.

—Henry te lo contará todo —respondió Sadie mientras le entregaba a Alex la caja de cartuchos—. Solo vuelve pronto con nosotros, Alex.

Segundos después de que saliera precipitadamente por la puerta principal, Victoria volvió a la habitación.

—¿Ya se ha ido Alex? —preguntó—. Esperaba que pasara más tiempo aquí con nosotras esta mañana.

—Henry le necesita en la oficina —respondió Sadie—. Aunque ha prometido que volverá en cuanto pueda.

—Siempre promete eso —Victoria se encogió de hombros—. Su padre también lo hacía. Por eso nunca dejo de preocuparme.

—Puede ser un trabajo peligroso, ¿verdad? —preguntó Sadie retóricamente.

—Mortal —murmuró Victoria y puso un brazo alrededor de los hombros de Sadie—. Querida, cuando él sale por esa puerta nunca hay garantía de que vaya a volver. Por eso es tan importante que le digas lo que está pasando dentro de ese corazón tuyo. Tiene un trabajo peligroso, desde luego. Pero la verdad es que ninguno de nosotros sale vivo de esta vida. Cuando dos personas se aman, es

importante que nunca pierdan la oportunidad de demostrarlo y declararlo.

La vida, tal como es, puede ser bastante triste. ¿Cuánto más triste sería perder a alguien y quedarse viviendo el resto de tu vida torturada por un amor que quedó sin expresar? La última vez que mi Alexander me besó para despedirse e irse a trabajar, estaba segura de que volvería a casa conmigo. Pero me equivoqué. Y doy gracias a Dios cada día por haberle dicho cuánto le amaba cuando nos despedimos por última vez. Sea cual sea el sentimiento de Alex hacia ti, se lo debes a él... y te lo debes a ti misma... aprovechar cada oportunidad para decirles a quienes amas lo que significan para ti y cuánto les quieres.

Sadie se tomó a pecho las palabras de Victoria y entró de puntillas en la habitación de Maggie para sentarse cerca mientras la preciosa bebé dormía plácidamente. En la quietud de los minutos siguientes, Sadie rezó: "Jesús, creo que la paz que siento en este momento es porque finalmente he llegado a amarte y confiar en ti. Me has traído a este lugar, al amor de mi vida y a aquellos que le aman. Te ruego que nos mantengas a salvo. Y te daré gracias eternamente, pase lo que pase".

Cuando terminó, Victoria se unió a ella junto a la cama de Maggie y rezó una oración propia.

Capítulo Once

Alex caminaba rápidamente por Main Street con el arma envuelta firmemente en la manta y apoyada en su hombro. La caja de cartuchos estaba en su mano libre. Mientras caminaba, las palabras que su madre le había dicho mientras Sadie estaba fuera resonaban en su mente y corazón. Alex sabía que su madre tenía razón. Era innegable que Sadie sería una madre maravillosa para Maggie, así como era innegable que Maggie se había encariñado con Sadie. Y era terriblemente absurdo por su parte resistirse y negar el amor cada vez más profundo que sentía por Sadie.

Comprendía el argumento de su madre de que, como cristiano, su miedo a amar y perder a otra esposa no tenía sentido. Alex tenía que estar de acuerdo con ella en que, en un mundo donde nada está garantizado excepto el amor infalible de Jesús, lo más sabio que pueden hacer dos personas enamoradas es amarse incondicionalmente y confiar en la promesa del buen Señor de que «todas las cosas cooperan para bien de los que aman a Dios, de los que son llamados según su propósito». En ese momento, Alex supo que estaba preparado para hacer precisamente eso tan pronto como regresara a casa con Sadie.

Pero primero, necesitaba encontrar a Roby Judson y a los dos hombres que le acompañaban. Planeaba decirles que abandonaran el pueblo en cinco minutos o los encerraría hasta que pudieran encontrar a otro juez corrupto para liberarlos. Cuando Alex llegó a su oficina, Henry no estaba, y tampoco el rifle que guardaba bajo llave en el armario junto a la puerta principal. Seguro de que los habría visto si estuvieran entre la oficina y su casa, Alex desenvolvió el

arma, cargó quince cartuchos en ella, y se dirigió por Main Street en dirección opuesta a su casa.

Pero en ese momento, Henry estaba siguiendo a Judson y a sus compañeros por calles secundarias y callejones a pocas manzanas de la casa de Alex. Minutos después, el ayudante disparó un tiro de advertencia al aire cuando el trío se acercaba al porche trasero de Alex. En lugar de huir, los tres desmontaron y se precipitaron por la puerta trasera de la casa. Sadie y Victoria oyeron el disparo de Henry y el alboroto que Judson y sus dos cómplices hicieron al bajarse de sus caballos y correr a través del porche trasero hacia el interior de la casa. Sadie rápidamente cogió a Maggie y condujo a Victoria a su habitación en lo alto de las escaleras. Mientras los tres hombres cruzaban la sala de estar en dirección a la escalera, Sadie le entregó Maggie a Victoria, cogió los dos derringers de su baúl, los metió en sus botas bajo su falda, y le susurró a Victoria que se quedara en la habitación pasara lo que pasara y que no se preocupara. Sadie salió de la habitación y se situó en lo alto de las escaleras.

Henry irrumpió en la sala de estar siguiendo de cerca a los forajidos con el rifle apuntando a Judson. Pero Walker tenía su propio rifle apuntando a Sadie.

—Suelta el rifle y tu cinturón de armas, ayudante, o ella lo pagará —gruñó Judson a Henry.

Henry rápidamente soltó sus armas y rezó para que Alex hubiera oído su disparo.

—Entonces, ¿quién eres *tú*, preciosa? —preguntó Judson a Sadie.

—Debe ser la mujer del sheriff —aventuró Walker. —Puedes apostar a que sería mi mujer si viniera a mi casa.

—Tú no tienes casa —señaló Judson con desdén. —Pero creo que podría sernos de gran utilidad mientras estemos aquí. Como una especie de póliza de seguro para mantenernos sanos y salvos hasta que hagamos lo que vinimos a hacer. Así que baja, preciosidad, y ponte cómoda hasta que llegue el sheriff. ¿Hay alguien más ahí arriba contigo?

—N-n-no señor —Sadie fingió nerviosismo. —Por favor, no me haga daño. Se meterá en un terrible problema si lo hace.

Confiado en que ahora tenía todo bajo control, Judson se sentó en el sofá y dio una palmadita en el cojín a su lado.

—Ven a sentarte a mi lado, dulzura —le dijo a Sadie.

—¡Déjala en paz, Judson! —gritó Henry, a pesar de que Walker lo tenía en su punto de mira.

—¡Cállate , o alguien va a salir herido! —gritó Judson en respuesta.

—Me da miedo sentarme a su lado, señor —dijo Sadie con toda la mansedumbre que pudo.

—No me tengas miedo, cariño —Judson intentó sonar suave. —Te trataré muy bien.

—¿M-me lo p-promete? —tartamudeó Sadie.

—Lo juro por lo más sagrado —dijo Judson mientras la ayudaba a acomodarse junto a él en el sofá y la atraía hacia su costado.

—¡Te advierto una vez más que la dejes en paz, Judson! —gritó Henry.

—¡Cállate , o alguien podría salir herido! —gritó Walker en respuesta.

Mientras Judson estaba distraído por los gritos, Sadie sacó silenciosamente los derringers de la parte superior de sus botas y escondió uno en los pliegues de su falda mientras presionaba el otro contra las costillas de Judson.

—Alguien podría salir herido de cualquier manera —dijo Sadie con toda la amenaza que pudo.

—¡Está fanfarroneando! —dijo Judson a sus compañeros. —Probablemente sea una pistola de juguete.

En un instante, Sadie giró la muñeca en dirección a Walker y disparó la única bala que contenía, haciendo que el rifle saltara de sus manos. Walker pensó que acababa de usar su único disparo y se agachó para recuperar su rifle. Pero antes de que pudiera alcanzarlo, Sadie presionó la segunda pistola de bolsillo contra las costillas de Judson.

—Esta tampoco es de juguete, —aseguró a todos. —¡Ahora levantad las manos y mantenedlas arriba! Henry, creo que estás debidamente autorizado para encargarte de esto. Puedes salir y unirte a nosotros ahora, Victoria.

Maggie arrulló y rio con fuerza mientras Victoria salía de la habitación del piso superior. Al mismo tiempo, Alex entró corriendo por la parte trasera de la casa y atravesó la cocina hasta la sala de estar. La luz de las lámparas de queroseno del techo se reflejaba en el trabajo de latón del arma, haciéndola parecer aún más poderosa. Después de examinar cuidadosamente a todos en la habitación, Alex se relajó y bajó el arma.

—Parece que tienes todo bajo control, Henry —dijo. —¡Gran trabajo!

—Ah, todo fue obra de Sadie —admitió Henry humildemente.

—¡¿Qué?! ¿Cómo? —preguntó Alex, totalmente confundido.

—Tiene algunos talentos asombrosos que obviamente aún no ha compartido contigo —dijo Henry con una sonrisa, mientras él y Alex esposaban a los tres hombres.

Sadie se encontró con los ojos de Alex, le mostró su mejor sonrisa, y se encogió de hombros juguetonamente. Al hacerlo, extendió los brazos y giró las muñecas para asegurarse de que él viera ambas pequeñas pistolas.

—Sé algunas cosas más aparte de tejer mantas y alfombras, —dijo simplemente.

—Y tú preocupado porque ella no pudiera adaptarse al Oeste —dijo Victoria con una sonrisa.

El tono de Alex cambió cuando miró a Judson y sus hombres. —Te encerraré para siempre, Judson. Nunca más verás la luz del día.

—Sí, ya veremos —alcanzó a decir Judson antes de que Alex le propinara un puñetazo directo en la mandíbula.

—Ciertamente lo veremos —escupió Alex—. Finalmente pagarás por lo que le hiciste a mi padre.

***

—Supongo que aún tenemos mucho que aprender el uno del otro —le dijo Alex a Sadie a la mañana siguiente, extendiendo los brazos, invitándola a entrar en ellos.

—Y también tenemos mucho que decirnos —añadió Sadie.

—¡Ahora ambos vais por el camino correcto! —exclamó Victoria desde lo alto de las escaleras. —¿Por qué no empiezas con una pregunta?

—¿Qué pregunta? —preguntó Alex sinceramente.

—¡*LA pregunta*! —gritó su madre.

—¡Ah, *ESA* pregunta! —dijo Alex en voz alta y atrajo a Sadie aún más cerca. —¿Te casarás conmigo, mi querida y dulce Sadie?

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Sadie y aceptó los besos que había anhelado de Alex desde su tercera o cuarta carta. Sadie no estaba segura de cuál había sido, pero eso era algo que podría averiguar con la ayuda de Victoria.

—Te amo, Sadie. Es así de simple.

—Lo es, ¿verdad? Yo también te amo. Y gracias, Victoria, por poner el anuncio. Has hecho realidad todos mis sueños.